

PALACIO DE LUXEMBURGO.

El palacio que representa este grabado ha tenido diversos nombres. Primero se le llamó palacio de Orleans, después de Luxemburgo, luego palacio del Directorio, en 1793; en 1800 palacio del Consulado; palacio del Senso conservador de 1804 á 1814, y después de esta época fué conocido con el nombre de palacio de la Cámara de los Pares, aunque generalmente se le llama palacio de Luxemburgo. Fué construido en 1615 por María de Médicis, regenta de Francia, después del asesinato de Enrique IV. Para su construcción sirvió de modelo el palacio Pitti de Florencia, residencia ordinaria del gran duque de Toscana, y es notable por su elegante arquitectura, su perfecta simetría y su solidez.

El principal cuerpo del edificio y sus otras partes ofrecen tres sistemas arquitectónicos; dórico, toscano y jónico. Cuatro grandes torres señalan los cuatro ángulos del palacio, habiéndose construido otras dos después de 1833, en cuya época se agrandó el edificio hacia la parte del jardín con el objeto de añadir un nuevo salón para las sesiones de la cámara, que la noble asamblea dedicó después á la reunión de los Pares.

El patio de entrada es de 120 metros de largo y 70 de ancho, y tiene la puerta principal por la calle de Tompon; por las estremidades del costado tiene dos torres coronadas de estatuas y mostrando en cada uno de sus costados dos terraplenes paralelos que sirven de comunicación entre las dos galerías.

Sobre el jardín se levanta la nueva torre del reloj, estando adornada en su parte superior de diez figuras alegóricas que representan la

Elocuencia, la Justicia, la Paciencia, la Guerra, la Armada y la Fuerza, con dos figuras de genios coronados por el reloj mismo.

La escalera principal se halla en el ala derecha del patio, y la adornan multitud de elegantes columnas que contienen trofeos y estatuas.

Para penetrar en los departamentos de la Cámara de los Pares se pasa por un salón de guardias ó de espera, y por el salón de los diputados para llegar al de las conferencias. A la espalda del sillón del presidente se ven los bustos de Turgot, D' Agnesseau, L' Hospital, Colbert, Mathieu, Molé, Malesherbes y Portalis, y alrededor de las tribunas las de los mariscales Massena, Lannes, Convicton de Saint Cyr y Mortier. El fresco es de Abel de Pujol, y las paredes del salón están esculpidas sobre madera de encina. Las tribunas se hallan ricamente decoradas, y guardan completa armonía con el resto del salón, á cuyos lados están la biblioteca de la Cámara y el salón real; este se halla decorado de tapicerías de Gobelin, y presenta un retrato de Luis Felipe, por Gérard.

Por el centro del patio del palacio está la entrada á los departamentos del gran referendario de la Cámara de los Pares. Se penetra por un varto peristilo, á cuya derecha se ven los salones de recepción, mientras que la izquierda muestra la capilla del palacio y los espléndidos y magníficos salones, que restaurados se conservan desde el tiempo de María de Médicis. En 1790 se hallaban ocupados por el conde Provenza, hasta que le echó de allí la revolución. Las diferentes piezas de la Cámara han sido pintadas por Bousin; los cielos rasos por Rubens, y los embutidos son debidos á Felipe de Champagne.—También se ven allí trabajos maestros de célebres pintores de nuestros días; y Horacio Vernet, la Roche, Guerin, Court, Deveria y Roqueplan tienen en tan elegantes salones obras maestras que llaman la atención de todo el mundo.

cision su marcha ó desarrollo, dicen que desde la puerta del Sol (y comprendiendo por lo visto gran parte de la Carrera de San Gerónimo) fuera luego en escuadra á buscar la línea recta de la plazuela de Anton Martín, lo cual, caso de ser cierto (que no lo creemos por las razones que expresaremos á su tiempo), debió ser por detrás de la calle del Príncipe y plazuela de Matute, ó por entre las del Lobo y Baño á buscar la del León. Pero como tenemos motivos para sospechar que, si existió semejante cerca sin solución de continuidad entre la puerta del Sol y la de Anton Martín, sería únicamente en los primeros tiempos de la ampliación, y muy provisional y pasajera, pues no solo no se hace mención de ella en los títulos y documentos del siglo XVI, sino que consta ya la existencia de todas aquellas calles y de muchos de sus edificios, debemos suponer que dicha ampliación ó extensión del arrabal por aquel lado se fué verificando constante, aunque lentamente, y prescindiendo de cualquier obstáculo de cerca que le fuese al paso y que evidentemente no existía ya á mediados del siglo XVI cuando se estableció en Madrid la corte.—Por lo tanto, y porque así también conviene á la claridad material de nuestra narración, seguiremos en nuestro paseo mental esta línea recta, suponiendo fuera de ella las calles ya citadas del Baño y del León, y comprendiendo únicamente las demás á la derecha entre la Carrera de San Gerónimo y la de Atocha.

Las primeras que se ofrecen á nuestra vista son las tituladas *del Lobo*, *del Príncipe* y *de la Cruz*, las cuales nos traen simultáneamente á la imaginación el recuerdo de las primeras representaciones escénicas en nuestra villa de Madrid, que con tanta copia de erudición y de crítica resolvió D. Casiano Pellicer en su conocida obra titulada *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—El origen indudable de la representación de comedias en Madrid es el que señala el mismo Pellicer; esto es, el privilegio concedido á la cofradía de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que tenía á su cargo algunos hospitales y recogimientos, y luego á la de Nuestra Señora de la Soledad que había fundado la casa de espósitos, para que pudiesen dar á su beneficio dichas representaciones en las casas ó sitios que señalasen. En su consecuencia, la primera ó de la Pasión, señaló para este objeto un corral que tenía en la *calle del Sol*, otro en la *del Príncipe*, propio de Isabel Pacheco, y otro en la misma calle perteneciente á N. Burguillos, cuyo corral se aplicó después á el la cofradía de la Soledad; y consta que el miércoles 3 de mayo de 1568 entró á representarse en el de *la Pacha* el comediante Alonso Velázquez, y posteriormente en años por convenio de dichas cofradías.—En 1574 un comediante italiano llamado *Alberto Ganasa*, autor ó cabeza de una compañía que representaba farsas y hacía juegos de mano y volatines, contrató con las cofradías para que se le cediese con tejados dicho corral (excepto el patio que quedó siempre al descubierto), y aquellos alquilaron y aderezaron para las otras compañías un nuevo corral en la calle del *Lobo* en la casa que pertenecía á Cristóbal de la Puente, hasta que más adelante las mismas cofradías fabricaron sus teatros propios, el uno en la calle de *la Cruz* en 1579, y el otro en la *del Príncipe* en 1582, cesando entonces y desahuciendo el de la calle del *Lobo*.

Segun las escrituras de compra de aquellos solares, consta que el primero se titulaba con el nombre de Antonia Ventura y con el solar de Antonio Gonzalez Labrador, y por delante la calle pública que dicen *de la Cruz donde es la cárcel que dicen de la Corona* en la parroquia de Santa Cruz, y que fué comprado en 530 ducados; y el segundo ó *del Príncipe* propio del doctor Alaba de Harra, médico de Felipe II, eran dos casas y corrales contiguos al mencionado de la Pacha, y «tonian poraderos casas de Catalina Villanova, de Lope de Vergara y del contador Pedro Calderon, y por delante la dicha calle *príncipe del Príncipe*,» y fueron vendidas en 800 ducados. En este se principiaron las representaciones en 21 de setiembre de 1585, y en el de la Cruz habían empezado anteriormente en 21 de noviembre de 1578.

La afición de los madrileños á las representaciones escénicas y los productos de los corrales (que este nombre conservaron los teatros) utilizados por las cofradías para los santos objetos de su instituto, fueron tales, que lo que en los primeros años representaba un beneficio líquido de 140 á 200 reales por representación, luego de construidos los nuevos coliseos (cuyo sitio vemos que importó á las cofradías solo 1550 ducados) llegó al punto de arrendarse en usufructo por cuatro años desde 1629 á 1635 en la enorme suma de 114,400 ducados, que distribuían entre sí los diversos hospitales y hospicios, hasta que en 1658 se encargó de los teatros la villa de Madrid, consignando á aquellos establecimientos varios censos y subvenciones.

Poco ó nada podemos añadir á las infinitas y curiosas investigaciones que sobre este asunto consiguió el erudito Pellicer en su ya citada obra, y dulcemente sabemos que por el registro de los títulos antiguos vemos que el corral arrendado en la calle del *Lobo* y casa propia de Cristóbal de la Puente, estaba en la señalada con el número 25 viejo, y 9 nuevo de dicha calle y manzana 248, que tiene de sitio 4089 pies, y fué privilegiada de aposento en 1589 por el *duque la Puente*, y hoy pertenece al señor D. Vicente Pereda.—La casa de Isabel Pacheco

en la calle del Príncipe donde estaba el famoso corral apellidado de *la Pacha*, ya hemos dicho que era contigua á la comprada por las cofradías al doctor Alaba de Harra para la construcción del nuevo coliseo, y quedó incluida en este, así como tambien lo fué después otra propia de D. Rodrigo de Herrera, que tenía una ventana que daba al corral, cuando la villa de Madrid recibió y agrandó el teatro en 1743 hasta darle el espacio de 11,304 pies que hoy tiene, y sobre el cual se volvió á reedificar en 1806 bajo los planes y dirección del arquitecto Villanueva, por haberse quemado el anterior.—El otro de la calle de *la Cruz* (llamada así por un cerrillo que hubo antiguamente en aquel sitio sobre el que estaba colocada una cruz) fué tambien reedificado bajo las trazas, dirección y mal gusto del arquitecto D. Pedro de Rivera en 1757, segun existe en el día.—Los recuerdos histórico-literarios de aquellos dos antiguos corrales ó coliseos nos llevarian muy lejos, y son por lo demás bastante conocidos: solo diremos que en ambos indistintamente brillaron en su tiempo, al paso que en los suntuosos del Buen Retiro, de Palacio y de los siles del Prado y la Zarzuela, las populares musas de Lope de Vega, Tirso, Moreto y Calderon; que el primero sin embargo solia dar preferencia al de la Cruz, y tambien el monarca Felipe IV, tan aficionado á este espectáculo, al cual solia asistir de incógnito, entrando por la plazuela del Ángel y casa contigua, hoy incorporada al mismo teatro, en la cual, segun nuestras noticias, vivió el célebre poeta y abogado D. Gerónimo Villalazo; en el mismo teatro representaba la famosa *María Calderon* y las no menos célebres *Amatilla* (María de Córdoba), y *Antandra* (Antonia Granados), las posteriores celebridades escénicas *Maria Ladoenont* y *María del Rosario Fernandez* (*la Tirana*), representaron casi siempre en el Príncipe, D. Rodrigo Calderon, el duque de Lerma y otros magnates preferían por el contrario asistir á este, donde teñan aposento con celosía.—En cuanto al recuerdo moderno de los bandos de *Chorizos* y *Polacos*, con cuyos nombres se designó á ambos teatros del Príncipe y de la Cruz á fines del siglo pasado, es demasiado conocido para que haya necesidad de reproducirle. Las preciosas comedias de Morán, tituladas *El Viejo y la Niña*, y *El Café*, se representaron en el Príncipe, y las de *El Baxon*, y *La Mojigata*, y *El Si de las Niñas*, en el de la Cruz.—Los eminentes actores *Bata Luna* ó *Isidoro Matquez* trabajaron en un principio en ambos (aunque nunca llegaron á renunciar); pero últimamente aquélla se fijó en la Cruz, y este lo hizo exclusivamente en el del Príncipe, que supo convertir desde principio del siglo en el favorito del pueblo madrileño.

No pueda ser exacta la observación de que la calle del Príncipe recibiese este nombre con motivo del nacimiento en Madrid del príncipe D. Felipe (después Felipe III), ocurrido en 14 de Abril de 1578, ni aun de sus dos hermanos anteriores que murieron en llegar á reinar, D. Fernando y D. Diego, que tambien habían nacido en Madrid en 1571 y 1575, porque ya vemos que anteriormente en 1568 se apellidaba ya *calle del Príncipe* la del Corral de la Pacha; creemos por lo tanto que dicho nombre pudo aludir al príncipe D. Felipe II, en cuya juventud acaso se formaria dicha calle, ó tal vez, si esto se verificó antes, al príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Con esto queda tambien contestada la opinión de alguno que ha supuesto reinarse el nombre de dicha calle al príncipe de Pez y de Marruecos *Muley Xaque* que no vino á España y recibió el bautismo hasta 1595, llamado con el nombre de *D. Felipe de Africa* ó de Austria, y se mas conocido con el del *Príncipe Negro*. Este personaje vivió efectivamente en dicha calle en la casa que fué de Ruiz Lopez de Vega, y después del marqués de Ugena, que es la que da vuelta á la calle de las Huertas; y hoy reedificados perteneció á los condes de Sacena y lleva el número 40 nuevo. El soberscrito de la carta de que habla el inmortal autor del Quijote en la *Adijunta al Partaxo*, dice: «*Al Sr. Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas frontera de las casas donde solia vivir el príncipe de Marruecos*;» es decir que pudo habitar aquel logeño las señaladas; ahora con los números 6 al 10 nuevo.—Algo mas abajo, y conduciendo desde la calle del Príncipe hacia la plazuela de Anton Martín, está la plazuela llamada de Matute, ó segun algunos documentos *del Matute*, cuyo nombre hay motivo para creer que la pudo por la razon de que en ella y las huertas inmediatas á la puerta de Anton Martín se preparaban los venterabandos ó matutes.

Basta el tiempo de la dominación francesa en los primeros años de este siglo, existió formando gran parte de la manzana 215, y prolongando las calles del Prado, de la Gorguera y de la Lechuga, el convento é iglesia de religiosas carmelitas descalzas de *santa Ana*, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, en cuyo solar se formó en 1810 la plazuela de *Santa Ana* con árboles y una fuente en medio en que estuvo colocada algun tiempo la estatua en bronce de Carlos V, que existe en la galería de escultura del Museo.

Por este mismo tiempo creemos que se construyó bajo la dirección del arquitecto D. Silvestre Perez la bella casa palacio propia de los *condes de Montijo y de Teba* en el solar que hace esquina á dicha

plazuela y a la *del Ángel* y fué anteriormente de los condes de Baños y de D. Pedro Velasco de Bracamonte.—En dicha *plazuela del Ángel*, como al frente de esta casa, estuvo antiguamente formando una manzana aislada el oratorio y casa de PP. de *San Felipe Neri*, hasta que a la estinción de los Jesuitas en 1769 pasaron a la casa profesa de aquellos en la calle de Bordadores, y se demolió la suya, que daba lugar entre la calle del Prado y la de las Huertas a otra colgadura llamada *del Baso*.—Una otra elegante casa de los condes de *Tepa* frontera a la de Montijo, con entradas también por las calles de San Sebastian y de Atocha, es uno de los mejores edificios particulares de principios de este siglo, y creemos fué como el palacio de Villahermosa obra del arquitecto D. Antonio López Aguado.

La iglesia parroquial de *San Sebastian*, tan poco notable bajo el aspecto artístico como importante por su estendida y rica feligresía, ya dijimos que compartió esta con la de Santa Cruz cuando se construyó en 1530, tomando la advocación de aquel santo mártir por una ermita dedicada al mismo que hubo mas abajo de la plazuela de Anton Martín. El cementerio contiguo a esta parroquia que daba a la calle de las Huertas y a la ya mencionada de *San Sebastian* (antes llamada *del Viento*) era uno de los padrones mas ignominiosos de la policía del antiguo Madrid, y así permaneció hasta la construcción de los cementerios extramuros en tiempo de los franceses. Recordamos todavía haber escuchado a nuestros padres la nauseabunda relación de las famosas *mondas* ó extracción de cadáveres que se verificaban periódicamente, en una de las cuales fuéron estraidos de la bóveda y confundidos y arrojados con los demás, los preciosos restos del gran *Lope de Vega Carpio*, que yacían sepultados en ella en el segundo nicho del tercer orden, *no de la orden tercera*, como dice en algun documento, donde buscándole nosotros hace pocos años con el difunto cura de aquella parroquia, señor Quijana, hallamos la lápida que dice estar enterrada en aquel sitio la señora Doña N. Ramiro y Arcajo, hermana del vicario que fué de Madrid.

Este lamentable desecado, esta criminal profanación (que nos priva ahora de mostrar a los extranjeros el sepulcro del *Fénix de los ingenios*) se cometa ya en pleno siglo XIX ó a fines del anterior, a la faz de una corte ilustrada y culta, y delante cabalmente de los distinguidos literatos y famosos poetas restauradores de las letras españolas, de los Moratines é Iruyes, Ayala y Cadalso, Cerdas, Ríos, Ortigas, Liagueros, Estalaz, Melendez y otros varios, y de los extranjeros Signorelli, Conti, Pizzi, Bernascone, los cuales desde el último cuarto del siglo anterior habian establecido una especie de liceo ó academia privada en una sala de la *fonda de San Sebastian* en la casa contigua a dicho cementerio (porque entonces no existia todavía la del conde de Tepa), apreciable reunión que duró en todo su esplendor hasta que despareciendo poco a poco sus insignes fundadores, degeneró en manos de la medianía ó del pedantismo, y es evidente que el insigne Moratin, hijo, se refirió a ella y a sus principales concurrentes Comella, Cladera, Guerrero, Salanueva, Nifo y otros pseudo-poetas de la época, en la deliciosa sátira dramática titulada *La Comedia Nueva*, en que los retrató como pudiera decirse, con pelos y señales, bajo los nombres de *D. Elquierto*, *D. Hermógenes*, *D. Serapio*, y hasta fijó la escena en el mismo *café del entresuelo*, haciendo figurar en ella al *mozo Agapito*, y emblematizando en él la buena fe del vulgo sündio á ignorante, bajo el gráfico nombre de *Pipí*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

LA MADRE DEL MARINERO.

Yo me paseaba á la orilla del mar una tarde de otoño de 1840, recreándome en el grandioso espectáculo de las aguas, aun fuertemente agitadas después de una tempestad terrible que habia durado el día y la noche anterior.

Las olas que se sucedían sin interrupción, venían á estrellarse á los peñascos, y deshechas en una blanca espuma, trepaban la alta escabrosidad del terreno, inundando los campos vecinos.

Recogido en mí mismo, y arrullado por el intenso rumor de las mares, tal vez buscaba mi mente el misterio de la creación, que parecia revelarme aquella voz indefinible; porque recordando el Apocalipsis, sabia que la voz de Dios era semejante al ruido de muchas aguas.

Así preocupado mi espíritu, una voz humana, la voz dolorida del subyugado, vino á herir la delicada fibra de mi piedad; y volviendo los ojos á todos lados, ví á una muger desolada que fija la vista en la línea postera de los mares, horribles imperceptible, y en el cual parecían soldados con el cielo, á las que trataba de lanzarse al Océano por buscar un objeto perdido en su inmensidad.

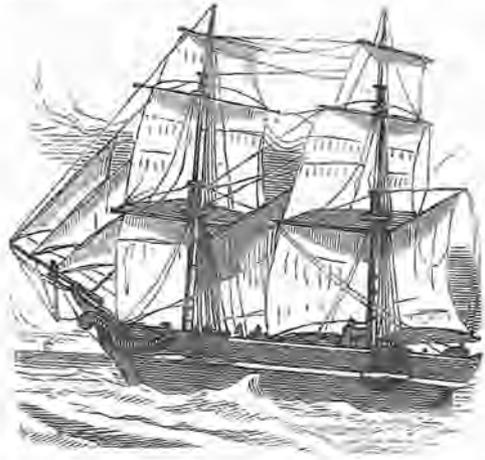
Aquella muger no lloraba: traspasada por el dolor y por la incer-

tumbre, acaso no podía darse cuenta á sí misma de lo que sentía.

Yo me acerqué á ella con respeto, y preguntándole la causa de su angustia me dijo:

—Ayer ha salido mi hijo á acompañar algunas leguas un buque que se ha dado á la vela para América; debía haber vuelto ya; pero la tempestad que sobrevino, no sé si le habrá impedido hacerlo, ó si tal vez le ha sepultado entre las olas. Ignoro, señor, lo que me pasa; no sé si tengo esperanza de verle, ó si la desesperación es conmigo; pero juro no abandonar este sitio antes de tener una certidumbre feliz ó desgraciada.

Una fuerza irresistible me hizo suspender mi paseo: cierto presentimiento funesto me hacia creerme necesario al lado de aquella muger. No me engañé por desgracia.



Apenas habian transcurrido algunos momentos, cuando los restos de un barquichuelo aparecieron como otros tantos puntos sombríos en la agitada superficie del mar. Un timon flotaba á la derecha, un remo hacía el propio lado, mientras que algunos tablones figuraban á la izquierda.

Yo me cubrí los ojos con las manos.

Un grito penetrante lanzado por la desolada madre, me dejó petrificado.

Abri los ojos. ¡Oh asombro! La madre se habia lanzado á la mar, dirigiéndose á un objeto cuyos perfiles negros se describían difícilmente, á capricho de la continua oscilacion de las olas.

Entonces, descendiendo tambien por las rocas, avanzo hácia la pobre muger, que desfalleciente, iba á sucumbir después de haber aprehendido aquel objeto incierto.



Yo la arranco de la muerte, y la siento sobre un peñasco; allí le prodigo todos los recursos que tengo en mi mano para volverla en sí. Abre por fin los ojos.

Su mirada, vaga en los primeros momentos, se fijó en aquel objeto que habia conquistado al mar.

—¡Ah!... dijo con voz ahogada por los suspiros, ¡el cofrecillo de un hijo!... Dios mío!... ¿Es este el único resto que de él me queda en el mundo?... ¿Es este el correo que me anuncia su partida á la eternidad?

La pobre madre volvió á quedar desmayada.

Yo partí á la ciudad, y la trasporté á su casa, donde en vano le fueron prodigados los consuelos de la amistad y los remedios del arte.

La madre no pudo soportar la pérdida de su hijo, y pocos días después murió la infeliz en medio del mar espantoso de dolor.

Yo no tengo desde entonces momento alguno de alegría: aquel sentimiento maternal incomparable; aquel dolor que no tiene semejante, embota mi corazón. Ay!... nunca podré olvidar á la pobre madre que estubo su vida en mi presencia, para buscar á su hijo en la eternidad!

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTI PRIMERA.

(Continuacion.)

Tal vez parezca estemporánea la ligera disertacion que acabamos de hacer; mas no lo será cuando digamos que la inquietud del espíritu, el vacío en el corazón, y finalmente, la pérdida de la tranquilidad de la noble jóven que nos ocupa, era causada por la enfermedad llamada amor; enfermedad leve y de corta duracion en la general, pero eterna é incurable cuando se ceba en alguna de esas almas delicadas de que ya hemos hablado.

Eugenia era uno de esos seres destinados á sufrir; pues en el mundo el que no puede revestirse de la doble coraza del egoísmo y de la indiferencia, el que no se basta á sí mismo, el que cifra en otros la felicidad á que aspira, tiene que padecer, y padecer mucho, cualquiera que sea la escala de la sociedad en que le haya colocado la fortuna. Poética, novelesca, exaltada su imaginacion primero en la soledad monástica, y después en la del campo, Eugenia se entregó á esas meditaciones ilusorias y ardientes, tan peligrosas en las jóvenes de talento y de corazón. Su padre, el marqués, noble anciano que adoraba á su hija, notaba en ella la falta de alegría propia de su edad: le admiraba el vélo de melancolía que nublabá su semblante infantil, como le hubiera sorprendido si en un hermoso vaso de porcelana viese en vez de gajas y fragrantas flores, mustias ramas de sauce ó de cigrés; pero juzgando seria efecto del aislamiento en que viviera, esperaba que el bullicio y los placeres de Madrid, donde pensaba pasar el próximo invierno, disiparian aquellas ligeras nubes de tristeza.

No obstante, Eugenia no era desdichada: habiendo pasado de repente desde el sombrío monasterio donde se educara á aquellos prados, bosques hermosos y pintorescos montañas, sintió abrirse su corazón á la alegría y á la libertad, como una flor guardada en un invernadero del rigor del frío abre su elegante seno á las primeras brisas del abril. A la vista de las praderas matizadas de flores, aspirando el aura de las montañas, gozando con delicia de los mil accidentes del sol riolando en las aguas, de las sombras estendiéndose por los bosques y de la luna argentando los cielos, los primeros días de su estancia en la quinta fueron en verdad muy felices y en los que no hizo sino ver y admirar. Posteriormente, á esta embriaguez infantil sucedió la inquietud del alma, que refiriéndose á Mario, ya hemos en parte definido: mas si en cierto modo perdió Eugenia la tranquilidad de la niñez, halló en compensacion el placer de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con la fé del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas: tristezas suaves y embriagadoras, mas dulces que la alegría, porque están sostenidas por la esperanza y no han pasado aun por las terribles pruebas del desengaño.

Eugenia era novelesca aun antes de haber leído novelas; no obstante, las pocas que habian penetrado en su convento eran de tal género, que la hicieron bostezar no bien leyó sus primeras páginas; mas luego que en la biblioteca de la quinta pudo escoger entre las mas brillantes flores de la literatura moderna, remiadas allí por su madre, siguió la manía de nuestro siglo, y se entregó con avidez á esas lecturas atractivas que aumentaron el fuego del amor sin objeto que ya abrazaba su alma.

Pero se nos dirá: el amor sin objeto ¿existe realmente, ó es sólo una ficcion del entendimiento, aborto de una imaginacion delirante? Respondan por nosotros esos seres que pasan como sombras y mueren en su juventud sin que nadie comprenda la verdadera causa, á pesar de que un médico dice después: esa pobre criatura ha muerto de un cáncer en el estómago, de una tisis pulmonal ó de un aneurisma en el corazón.

VI.

Mario se instruye.

Dejamos á Mario en el momento en que Eugenia penetraba por la puerta de la verja que rodea la quinta.

Después de venir átravesar la calle de álamos que conduce hasta la puerta principal, y luego que disminuyó la lluvia, que nuestro héroe sufrió guarecido bajo un árbol, notó que el mismo criado que abrió la puerta de la verja á la hermosa niña se dirigió hacia la silla del marqués, y llegado que hubo registró aquel sitio con la mayor escrupulosidad.

Durante esta pesquisa, Mario, que conoció buscaba el libro que Eugenia habia dejado olvidado, y que él tomó del asiento de piedra, tuvo intencion de dárselo, comprendiendo que así debia hacerlo; mas por otra parte su curiosidad le impulsaba á lo contrario, haciéndole titubear, hasta que al fin venció esta y le retuvo en su poder, prometiéndose no obstante llevarle al castillo ó devolverle á su dueño por algun otro medio, no bien hubiera satisfecho sus deseos.

Tranquilizados sus escrúpulos con esta resolusion, examinó el libro (que estaba primorosamente encuadernado) por dentro y fuera con la mayor atencion, aunque infructuosamente, pues ya hemos dicho que no sabia leer; y esta fué la vez primera que comprendió el estado de abandono en que habia vivido, y se avergonzó de su ignorancia, encaminándose á la montaña sumido en una profunda meditacion.

No bien dejó sus provisiones al pastor, volvió á su casa, siempre preocupado y cabizbajo, y apenas llegó se presentó á Marciana y la dijo con tono resuelto estas solas palabras:

—Marciana, yo quiero aprender á leer.

La anciana le miró sorprendida, pues no sabia á qué causa se habia este repentino deseo de nuestro jóven; mas luego sintió una viva alegría, viendo que éste se habia anticipado á los suyos.

Largo tiempo habia que el abandono é ignorancia de Mario turbaban la tranquilidad de la honrada aldeana, conociendo cuán poco apto era para los trabajos corporales, y el aislamiento completo en que quedaria después de su muerte, y muchas veces, una entre ellas el día en que le aconsejó fuese á T..., quiso añadir algunas palabras respecto al porvenir de su querido hijo, como ella le llamaba, pero juzgando no ser tiempo todavía, ó mas bien temiendo disgustarle, le suspendió hasta mejor ocasion.

Pasaron los días, meses y años, y Marciana no halló esta ocasion oportuna, ó mejor dicho, rebúsó hallarla, puesto que á cualquier cosa á que dedicara al jóven la hubiera sido preciso separarse de él, con tanta mas razon, atendiendo á que Mario por nada en el mundo consentiria en volver al pueblo, y á que en cualquiera otra parte, además de esta separacion, se originarian gastos que ella no estaba en estado de soportar. Algunas veces pensó en hablar á justo sobre este punto, mas conoció seria en vano; primero por el deplorable estado de la casa, y luego porque aquel habia dicho terminantemente que no se mezclaria en cosa alguna que atañese á su hijo; de modo que la anciana dejó pasar el tiempo sin resolverse á nada, tanto por debilidad, cuanto porque en cierto modo no podia hacer otra cosa; así es que cuando Mario formuló su deseo de una manera tan espuesta, á par de sorpresa sintió una especie de satisfaccion y desahogo como si se hallase aliviada de un enorme peso.

—Hijo mío, le contestó, el deseo que acabas de manifestarme me satisface demasiado para que yo no me apresure á colmarle. No obstante, para que así sea, tendrás que vencer tu repugnancia de volver al pueblo, puesto no somos bastante ricos para hacer venir aquí al maestro de escuela; aunque por otra parte, como este vive á la entrada del lugar, no te será costoso tan pequeño sacrificio.

Al decir estas palabras Marciana miró atentamente á nuestro jóven, esperando de su parte una rotunda negativa respecto á la última proposicion, y vió con el mayor asombro que Mario bajaba la cabeza, aunque visiblemente contrariado, asintiendo con su silencio á las justas razones de la anciana, que encantada de su docilidad, le prometió que al día siguiente hablaria al maestro de escuela de T... como en efecto lo verificó, comprometiéndose á costear de sus ahorros los pequeños gastos de la educacion de Mario, y no dejando de pensar en la causa que obligara al jóven á salir de su natural patria: si hubiera registrado el bolsillo de la chaqueta de este, hallara en él la clave de aquel enigma.

Mario pues asistió á la clase del maestro de escuela, el cual, habiendo conocido á poco tiempo su talento, y observado con gusto su aplicacion, le cobró un particular cariño prometiéndose cultivar aquella privilegiada inteligencia.

El maestro era uno de esos hombres de talento, pero sin fortuna, que amonados en una aldea dejan al cristianismo por demás en las ciudades. Aunque enseñaba primeras letras solamente, sus conoci-

que oscila en estas sensaciones que duermen y las lloras de deseos ineficaces. Mario sintió este contagio con tanta más energía, cuanto mayor y más repentina era el desarrollo que su inteligencia recibía. Además, las páginas que leyó, hermosas casi todas, y que consagraban al amor, aumentaron el suyo hasta un grado inmenso.

Vemos pues la singular analogía que reinaba entre las ideas y sentimientos de Eugenia y los de nuestra héroe: con efecto, puede decirse que ambos experimentaban iguales sensaciones, iguales deseos e idénticas necesidades, porque apasionados como eran los dos, y siendo una misma la historia de sus primeros años, salva una corta diferencia, natural era que fuese una misma la de su corazón, mediando no obstante la diversidad de sexo, educación y posición social: así es que en aquellos bosques resonaron muchos días seguidos todos esos nombres célebres en la historia ó en los romances, invocados por ambos jóvenes en sus lecturas.

Trascurrían algunas semanas, durante las cuales en la apariencia nada cambió en la casa del bosque; mas ¡ay! el corazón de Mario sufría cada día una transformación. Asistía á la escuela de T... pero su maestro le hallaba siempre distraído y no progresaba en el estudio como anteriormente. Marciana asimismo vivió perder su alegría poco á poco, sumirse de nueva en su habitual silencio, y aun creyó algunas mañanas observar en sus mejillas rastro de las lágrimas de la noche anterior; mas sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el joven sufría con una intensidad de dolor mil veces mayor que su pasada felicidad. Las lecturas que anteriormente le distraían, no eran ya suficientes para ocupar su imaginación; por tanto, su único placer se reducía á ver á Eugenia de lejos y seguirla á todas partes, profundizando así la terrible pasión que le devoraba; porque al mismo tiempo que se aumentaban sus deseos, comprendía también los obstáculos que se oponían á su amor; obstáculos que pretendía superar con los proyectos más insensatos y extravagantes, y que no llegó á poner en ejecución, porque la pasión es respetuosa, y era tal la adoración ciega y sublime que sentía hacia la hermosa niña, que hubiera dado su vida por el amor de esta, y sacrificado tan inefable placer al temor de ofenderla, y solo merced á estas ideas caballerescas, hechas en sus lecturas, pudo contener los frenéticos arrebatos de amor, y la impetuosidad de su carácter, el cual no obstante, es imposible prever hasta qué extremo le hubiera arrastrado, á no obsevarle un suceso que influyó extraordinariamente en su destino.

(Continuará.)

F. MOBENO Y GODINO.

EL CORO DE SAN FRANCISCO.

Entre los grandes y fecundos servicios prestados por el cristianismo á la civilización, hay uno de singular importancia y elevadas consideraciones. El cultivo y adelanto de las bellas artes. Así se convirtió en alcanzar del genio la casa de Dios.

Esclusivamente por espacio de varios siglos los artistas no tuvieron otra ocupación que construir basílicas y adornar los altares del culto cristiano. En ninguna parte se halla mejor el registro universal de las celebraciones artísticas de los tiempos medios que en las catedrales y abadías. En los hermosos aniquismos de las fábricas capitulares se hallan cuentas muy curiosas, donde figuran arquitectos y escultores, y en los cuales se leen las firmas venerables de los artífices hábiles de aquella edad. Y aun sin acudir á los archivos, ni quitar el polvo secular á voluminosos pergaminos, ¿hay nos que tender la vista por los pórticos, por los panteones, por los relicarios de nuestros templos y adoratorios? ¿Reas halagos de pedernal y jaspé que reciben el peregrino en las arcos y vestíbulos del santuario; esos relabios admirables en que los pintores dejaron la imagen de su inspiración; esas bóvedas aéreas; esas flechas de trasparente filigrana que respiran las ráfagas del éter; esos tesoros de orfebrería donde el pincel apuró la riqueza del ingenio humano; ese museo inmenso que se extiende por los ámbitos de la cristiandad, constituyen la historia práctica, viva, de las artes; y su apoteosis magnífica y su gloria inmortal. Desde la esculturas gótica, informe y primitiva, hasta las estatuas palpitantes del renacimiento; lo mismo el pilar lombardo que la columnata grecoromana, tanto la labia del pintor germánico con sus aureolas doradas y sus paños desahucados como las madonas clarísimas y radiantes de las escuelas clásicas; el arte cristiano, en fin, desde su cuna hasta su madurez, todo está en este registro inmensurable, en esa galería maravillosa del genio de la piedad y la opulencia. Los que hayan visitado á San Isidro de León y á San Gerónimo del Escorial; los que hayan visto la tumba de Recevinto y el sepulcro de Isabel la Católica; quienes hayan recorrido en el relicario Astú y en el de Oñava de la

Imperial Toledo la historia elocuente del arte argentino; quienes hayan comparado los códices y devocionarios iluminados de azul y oro por la mano del artista de otros tiempos, con las creaciones encantadas de Jordan y de Murillo, comprenderán la expresión y el atractivo poético de aquella edad entusiasta y espiritual, que entregaba á los artífices el lenguaje de su imaginación. Todo ello se explica perfectamente.

Entonces predominaba el espíritu religioso, incardinado y fundido en el amor é instinto nacional. Por eso cada día se levantaba un monasterio, cada victoria contra el infiel se simbolizaba en la erección de una catedral. Las artes pues eran las intérpretes necesarias del sentimiento común. Y los arquitectos y los pintores nacían y morían en los altares del Señor. Esta fundamental circunstancia y el estado social de la época son las claves de aquel misterio. Los reyes con su corte errante y belicoso sin residencia fija, sin una morada que el campamento, para nada necesitaban de los artistas, ni de sus obras de lujo y de recreo. En los cortos intervalos de paz se ocupaban solo de preparar nuevas hileras, y todos los recursos, entonces escasos y difíciles, se consagraban á la sacralción del país. Además, hecho á la dureza marcial, se cuidaban poco de adornar sus austeros palacios, y para nada necesitaban ni conocían las necesidades del goce espiritual ni del lujo cortesano. La aristocracia diseminada y guerrada en sus villas y fortalezas, solamente se preocupaba en sostener á lanzadas sus fueros, en correr sangrientas juras y en hacinar cotas y portamias. La Venus de Médicis hubiera tenido menos estima á los ojos del prócer feudatario que un mandoble de largos gabilanes, ó un corcel con ferrado y poderoso paramento. El pueblo tenía bastante carga con las guerras y los señoríos para ser pobre, y no alimentar más aspiraciones que las de matar muchos y sufrir pocas pechas y vasallajes. El genio y la inspiración temen los furores de Belona, y buscan siempre asilo en brazos de la inteligencia y de la tranquilidad.—La casa de Dios debía ser adornada magníficamente como un remedo barto débil de las maravillas de su gloria. Las ceremonias del culto exigen pompa y esplendor para hacerlas más eficientes y más dignas de la grandeza eterna. Los altares, los ornamentos, los signos de la religión, todo necesitaba estar en armonía con el rito de adoración y de piedad. Así pues los reyes con las presas de sus conquistas, el magnate con los frutos de su lanza, el pechero con el óbolo de su pobreza, contribuían á la protección de las artes. Y unas levantando templos, otros labrando panteones; estos donando estatuas ó reliquias, y aquellos adornando altares y capillas, cada cual, en fin, á su modo y posibilidad respondieron á la necesidad de su tiempo. Por eso los salones capitulares se llenaron de obras maestras, y han llegado hasta nosotros los brevísimos envidiables de riquísima vuela con maravillosos caracteres, las pinturas, las antigüedades más raras y preciosas. El cristianismo llenó su misión artística. No pudo menos de suceder así. Sus templos se hallan por consecuencia adornados con preciosas obras, entre las cuales suelen descollar las sillerías de coro en las catedrales é iglesias de corporaciones religiosas. Porque en esto se desplegó particularmente un gusto esquisito y una riqueza prodiga. Pudiéramos citar muchas sillerías corales de gran merito que hemos examinado con placer y admiración. La de Toledo con su mérito inimitable, la de Oviedo con sus tallados y relieves, y la de San Marcos de León con sus tan las prodigiosas bastirios para honrar el moso mas rico de una nación entusiasta por las bellas artes. Pero aparte de estas ya célebres, hay en la opulencia de los cuarenta algunas reliquias preciosas de la antigua opulencia teocrática. Entre esos restos perdidos merece atención especial la sillería de San Francisco de Medina de Rosco, que nos cumple sacar hoy á la publicidad, por ser una de las cosas mas notables de la ciudad, y que los viajeros visitan con mas diligencia y aplauso. La merece por demás; pues como mas bella en su decoración, mas rica en detalles, ni mas delicada en su artefacto, no es fácil presentar ni acaso concebir en la imaginación. Se ofusca la vista en copia tal de admirables adornos, donde compete el gusto de la inventiva con los primores de la mano. Donde quiera y por todas partes se presentan en bizarra difusión las molduras finísimas, los bordados religiosos, las esculturas preciosas, las grecas, las gurnaldas, los adornos llenos de gracia, de mérito y de originalidad. Asombra y encanta la fecunda vena del artista, y arrebató de admiración la habilidad y perseverancia insuperable de su labor. Bastaría para comprender esto, decir que la base de la escultura en esta obra es la variedad infinta, multiforme y poética de una fantasía oriental. Así es que parece en su riqueza y gala y lozanía un camarín de las Houries, un sueño vaporoso de las hadas. Hasta aquí la regla fundamental en las obras de este género era la uniformidad dogmática. Pero bien dijo el poeta italiano:

Per troppo variare natura è bella.

Este prodigio del arte consagra prácticamente en la variedad una nueva fuente de bellezas. El genio es la inmensidad. En esta obra

tancia estriba precisamente el grande mérito de la sillería; pues aparte del trazado arquitectónico perfectamente entendido y ajustado al tipo clásico de la antigüedad, todo lo demás es variado y caprichoso como la naturaleza. De ahí la ocasión para ostentarse en todo su poder la inspiración artística. Quien así concibió una obra, debía poseer una imaginación sin límites, para la cual fuese mezquina y estrecha la amplitud del arte. Necesitaba el espacio, para moverse; quería vivir en la región de la idealidad, para dar vado á sus prodigiosas emanaciones, para soltar libremente sus deslumbrantes vuelos, y llegar, como el águila, á las esferas del éter y de la luz. Una mediana se hubiera perdido en ese camino sin término ni guía, renovando el emblemático mito de Faeton. Pero era un hijo privilegiado del arte, y cruzó el Occéano desconocido, para conquistar en la remota y misteriosa ribera la corona olímpica de la posteridad.—La grave, la inmensa dificultad era combinar el arte con la fantasía, soltar el dique á esta sin profanar aquel. Este ensayo peligroso costó á mas de un artista la pérdida del gusto y el ridículo de los siglos. Mas para el verdadero númen nada es imposible. Aquí tenemos el ejemplo. Aquí vemos la severidad académica del arte, en lo sistemático y esencial; y vemos al par, en los accidentes y la ornamentación de detalle, desplegar toda la fecundidad, ardor y poesía de la imaginación. No hay palabras para describir el efecto mágico que producen la amalgama feliz de dos elementos al parecer encontrados, y que el talento supo unir por uno de sus intuitivos misterios, por uno de esos supremos arranques que constituyen época, y forman una creación. Renunciamos á describir tan apacible impresión, como hemos renunciado, aunque con harto sentimiento, á dibujar el conjunto de la bellísima decoración. El lápiz se cae de las manos al contemplar la encantadora perspectiva, porque es pobre é insignificante para diseñar tanta riqueza y primor. La mano mas diestra naufraga en ese piélago de flores, cenefas, cintas y perfiles: el ojo mas analítico y perspicaz se ofusca ante el deslumbrante cuadro de tanta bizarria y esquisita profusión. Para trasladarle al papel sería preciso amenguarle, deslucirle, hacerle distinto de lo que es. Porque en la pequeña escala de una lámina ni caben tantos detalles, ni la relación de proporciones permite diseñar una multitud preciosa de bordaduras delicadas, de follajes transparentes, de innumerables y finísimos trabajos. Tendríamos que hacer una pintura íntel, desnuda y fría, sin el atavío, sin la opulencia que son su timbre admirable, su verdad, en una palabra.—Así como hay sentimientos que no puede expresar la lengua, hay primores artísticos que se escapan á los rasgos del pincel. Tan solo el lente fotográfico con esa potencia reproductiva, que copia el aire y la luz, pudiera abarcar el panorama multiforme y riquísimo de la admirable sillería coral.—En su defecto, nos limitaremos á dar en detalle un fragmento, para que por él pueda formarse idea de su valor, y figurar en la imaginación su conjunto magnífico y sorprendente.

(Concluirá.)

V. GARCIA ESCOBAR.

LA VELADA DE SAN JUAN.

A MI AMIGO I. G. AROSTEGUI.

Las lilas lloran su duelo
marchitas y deshojadas,
como el alma sin consuelo
que encuentra en la muerte el cielo
de sus venturas soñadas.

Ya el ruiseñor con la aurora
deja su canto sentido,
y mientras Febo colora
el verde que se evapora,
fabrica su oculto nido.

Ya pasó la primavera;
ya pasó con el rocío
que esmaltaba la pradera;
ya abrió la puerta el estío
de su abrasada carrera.

Adios, con Mayo, querida
generación de las flores;
dolorosa despedida
como la ilusión perdida
de venturosos amores!

En el valle sossegado,
con la tarde que declina,
se ve brillar el dorado
rayo de sol, olvidado
en la mas alta colina.

¡Pero qué dulces sonidos
el aire de la arboleda
lleva en ecos repetidos,
que el alma suspensa queda
de sus acentos perdidos?

Son niñas de quince abrides
como su inocencia hermosa;
que con cantos infantiles,
al son de los tamboriles
vienen recogiendo rosas.

Pues al rayar la alborada
la tradición asegura
que el agua fresca y rosada
tiene virtud señalada
para aumentar la hermosura.

La luna pálida y triste
dando vida á sus reflejos,
de plata los lagos viste,
y á cuanto en el cielo existe
sirven las fuentes de espejos.

Al resplandor de esa luna
del misterio encubridora,
salen á probar fortuna
los corazones sin una
reina, vasalla y señora.

Que la noche de san Juan
es el plazo encantador
en que las doncellas dan
su corazón á un galán
por un pedazo de amor.

Allí encienden una hoguera
entre ruido y algazara,
cuando ninguno lo espera,
y corren á la pradera
coloradita la cara.

Allá en lazos inocentes,
según exige la danza,
los amantes, indulgentes,
escuchan de sus parientes
la aguda y picante chanza.

Mas allá tiernos pastores
alegres giran en torno
de tortas de mil primores,
que aunque rústicas, mejores
no salen de ningún horno.

Y entre el bullicio del valle
los ancianos del concejo
recorren juntos la calle,
irguiendo el doblado tallo;
que nadie en tal noche es viejo.

Pues vuelve la juventud
á renacer fácilmente
si en el pasado hay virtud,
joya de tal magnitud
que siempre es jóven y ardiente.

Y hay un mundo de memorias,
salpicado de venturas,
en sus ocultas historias,
lleno de hazañas y glorias
alegres, candidas, puras.

Aquel bullicio y placer
por sus nietos repartido
lo vienen á recoger,
diciendo: son nuestro ser,
que dichosos hemos sido.

¡Ay! la noche de san Juan
es un plazo encantador,
en que las doncellas dan
su corazón á un galán
por un pedazo de amor.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alzambra.